

CROSS
BOOKS



A



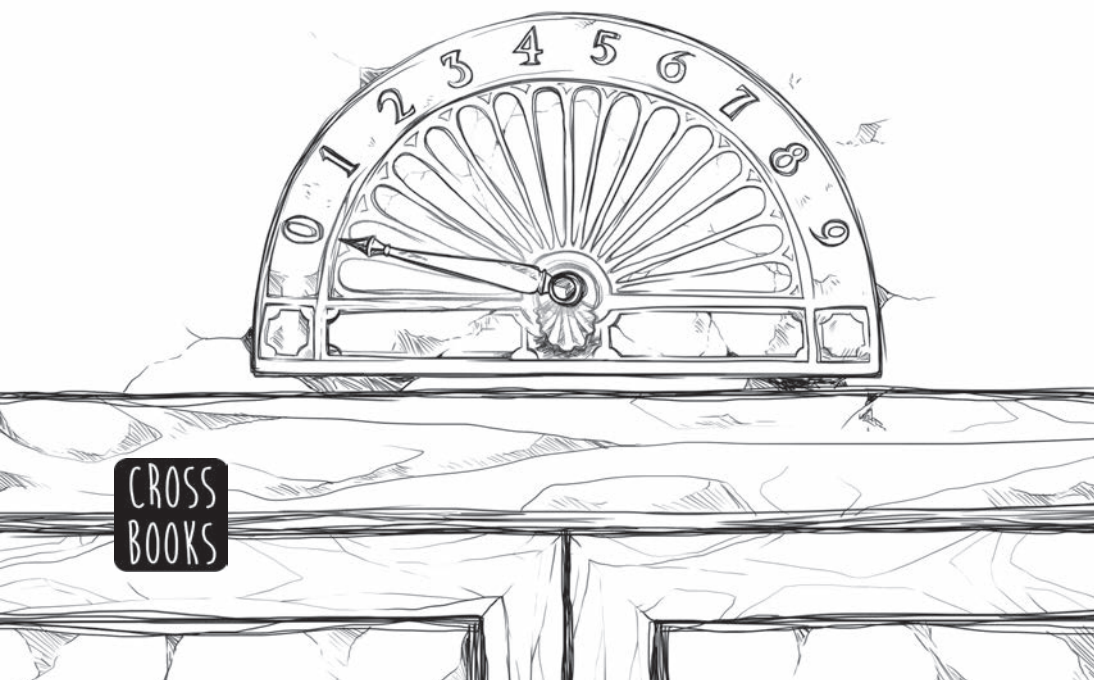
O
R
R
E



/aos

LA TORRE

Juan Bermúdez Romero, Kaos



CROSS
BOOKS

*A mi madre y a Perugia,
donde nació esta Torre*

CROSSBOOKS

infoinfantilyjuvenil@planeta.es

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto y las ilustraciones, Juan Bermúdez, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: febrero de 2018

ISBN: 978-84-08-18192-7

Depósito legal: B. 467-2018

Impreso en España – Printed in Spain

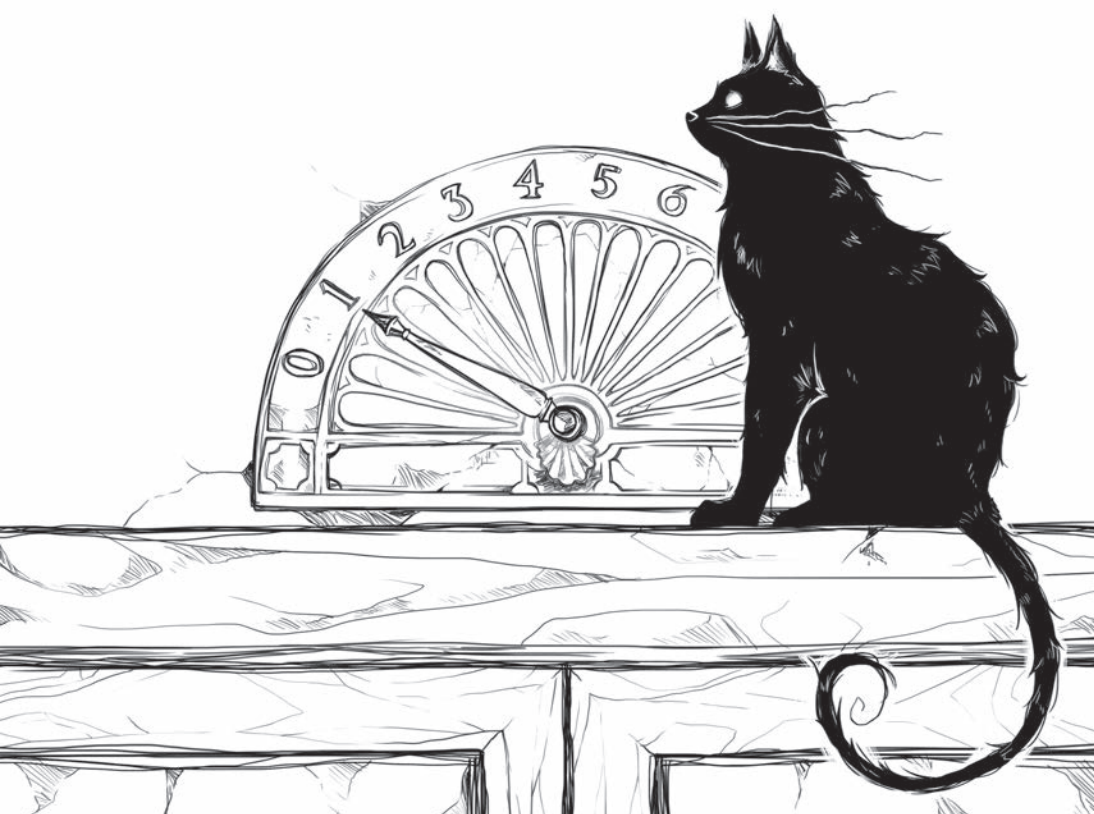
El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Primera planta. PUEBLO.....	7
Segunda planta. CIUDAD.....	23
Tercera planta. COLEGIO.....	39
Cuarta planta. INTERMEDIO.....	51
Quinta planta. CIENCIA.....	79
Sexta planta. DESIERTO	109
Séptima planta. BIBLIOTECA.....	135

Primera planta
PUEBLO





«**N**uestro mundo es una Torre infinita formada por veintiún países conocidos... o eso nos han hecho creer. Pero ¿cómo podemos saber que es infinita a ciencia cierta? Lo realmente infinito es el pensamiento humano.»

El pequeño Sam soltó una carcajada.

—¡Ja! Eso lo dice porque no conoce a mis compañeros de clase.
—El niño caminaba por la calle a la vez que leía un libro tan grueso como antiguo, mientras los vecinos lo miraban a la espera de que tropezase o se golpeará con algo.

Sam era un jovencito alegre y muy sagaz. Tenía nueve años, un cabello color rojo intenso y toda la cara repleta de pecas.

El chico iba camino a su casa sin despegar la vista del enorme libro, pero esquivando ágilmente todos los obstáculos de forma intuitiva. Ya no le sorprendían, llevaba casi una década viviendo en el mismo barrio, en la misma casa, y conocía cada elemento de memoria. Odiaba ese pueblo. Era pequeño, y todos los edificios estaban hechos de madera o, en su defecto, eran cuevas. Él vivía en una casa individual con sus padres, pero no era lo normal: la mayoría de la gente residía en un mismo edificio dividido en muchas habitaciones en el que varias familias compartían baño y cocina. Todos estos edificios se amontonaban unos encima de otros, con cientos de escaleras para poder desplazarse. Prácticamente no existían las calles,

porque todo funcionaba en vertical. A veces se agregaban nuevas construcciones más pequeñas en el lateral de otras más grandes, y se añadía una escalera para acceder a la nueva edificación.

Si algo sobraba en ese pueblo, eran escaleras. Y si no se podían poner escaleras, se hacían túneles. Estas formas de arquitectura, con el paso de los años, habían dotado al pueblo de un aspecto orgánico, como si fuese un ser con vida propia. Un ser muy muy alargado.

Además de las casas, el pueblo contaba con un molino de viento, una granja, un parque triste y una estación de tren. Aunque el tren bien podría llamarse ascensor; las vías eran totalmente verticales y atravesaban catorce de las veintiuna plantas conocidas que componían la Torre. Sam amaba viajar en tren. Los vagones (también en vertical) tenían varios asientos para los pasajeros y unas ventanas a través de las cuales el viajero podía ver el cielo interminable.

Vivir en una Torre infinita tenía algún aspecto positivo: el primero y más importante era que, con tanta escalera, uno siempre tenía el culo en su sitio, y el segundo, que bastaba con sentarse en el borde para contemplar un cielo que se extendía hasta el infinito.

Sam llegó a su casa. Era estrecha pero alta (como casi todo en la Torre) y estaba ubicada en el borde, así que a veces las nubes entraban por la ventana de su habitación y lo humedecían todo.

El chico abrió la puerta de la entrada y percibió un olor a bechamel. Por primera vez en mucho rato, levantó la vista del libro. Sus padres estaban en medio de la cocina bailando.

Él era alto y delgado, con unas gafas redondas y enormes que descansaban sobre su nariz puntiaguda. Era calvo, a excepción de unos largos mechones blancos que seguían creciendo en los laterales de su cabeza, y vestía una bata de laboratorio. Sujetaba una

escoba y barría el suelo con brío al ritmo de la música. Su nombre era Richard.

Ella era regordeta, con unos pechos y una cadera enormes, pecosa, con una melena tan roja como la de su hijo recogida en un moño alto y despeinado, y vestía un delantal. Mientras sacaba una lasaña del horno, movía su trasero acompañando el baile de su marido. Se llamaba Muriel.

—¡Ya estoy en casa! —gritó Sam para llamar la atención de sus padres, que en ese momento dejaron de bailar—. ¿Qué hacéis?

—N-Nada... —dijo Muriel sonrojada, consciente del baile tan ridículo que su hijo había presenciado.

Al verla tan nerviosa, su marido no pudo evitar soltar una carcajada. Su esposa era muy seria y estricta, pero cuando la sacaban de su zona de confort actuaba como una joven desvalida.

—¿Qué estás leyendo, Sam?

—*Antología Filosófica. Volumen 2.*

—No parece muy apropiado para un niño de nueve años... —opinó ella mientras sostenía el libro.

—¿Por qué? —preguntó Sam.

—No lo entenderás.

—Pero si lo estaba entendiendo todo... —se quejó él.

Ella golpeó suavemente a su hijo en la cabeza con el libro.

—No lo entenderás y punto —dijo tajante.

—Ese *punto* es lo único que no entiendo...

Muriel volvió a su labor con la lasaña, mientras su marido terminaba de barrer y colocaba los platos. Sam miró la mesa sorprendido, la lasaña era un plato que solo comían en ocasiones especiales.

—¿Ha pasado algo? —preguntó lanzando a sus padres una mirada de sospecha.

—Tu padre va mañana a una expedición —anunció Muriel mientras sacaba los cubiertos de un cajón.

—¿¡Otra vez!? —exclamó Sam corriendo indignado hacia su padre—. ¡Quiero ir contigo! ¡Quiero ir contigo! ¡Quiero ir contigo! ¡Quiero ir contigo! —repitió incansable.

—¿Qué hacemos? —preguntó Richard, que tenía toda la paciencia de la que su mujer carecía.

—Llévatelo —respondió ella para asombro del padre y del hijo—. Cada vez que te vas y lo dejas en casa se pone insoportable.

—¡De acuerdo! —exclamó Richard—. Una aventura padre e hijo. Veo que has heredado mi insaciable curiosidad, Sammy.

El chico siguió con la mirada perdida y la boca abierta, incapaz de asimilar la información. Unos segundos después, reaccionó.

—¿¡Vas a llevarme a una expedición!? —gritó, incapaz de reprimir la excitación.

—¡Sam, no grites! —lo riñó su madre.

—Tú también estás gritando... —dijo Richard mientras intentaba que el resto de su familia se sentase a la mesa para poder tener una velada más relajada.

El padre de Sam era explorador. Su trabajo consistía en viajar examinando cada una de las plantas de la Torre. Esas expediciones las componían un equipo de grandes científicos que estudiaban cada zona de la Torre y redactaban libros para dejar constancia de sus avances. Sam siempre decía que, cuando fuese mayor, él también viajaría por la Torre y descubriría por sí mismo si realmente era infinita.

Después de la cena, Richard acompañó a su hijo a la cama y lo arropó con cariño. El chico tenía los ojos brillantes y tan abiertos que parecían dos platos.

—Sammy, tienes que dormir. Mañana tomaremos el tren muy temprano —dijo mientras le revolvía el pelo rojizo.

—¡Estoy demasiado emocionado! ¿Por qué no me cuentas un cuento? —preguntó el chico, que veía como una misión imposible conciliar el sueño esa noche.

—¿Un cuento? —Su padre miró a través de la ventana pensativo, y luego a su hijo. Los ojos del chico seguían brillando tanto o incluso más que antes.

El hombre se sentó en la cama junto a Sam, carraspeó y comenzó el relato.

—Érase una vez un gato llamado Latón que vivía en una cueva. Los gatos habían vivido en ella durante tantas generaciones que ni el más viejo recordaba cuándo o por qué habían llegado allí. En la cueva había un agujero, y Latón quería saber qué había afuera. «Los pocos que han salido de la cueva no han regresado —dijo el gato más anciano—. ¿Por qué quieres salir, Latón? ¿No eres feliz aquí?» Pero Latón no quería escuchar; atravesó el hueco y descubrió que, en el exterior, el mundo estaba habitado por perros salvajes.

Richard volvió a remover el pelo de su hijo dando por finalizado el relato.

—Y fin. ¿Qué opinas?

—Pues que la curiosidad mató al gato —respondió Sam sin pensarlo demasiado.

—¿La curiosidad? —preguntó Richard en un tono sobreactuado—. Yo diría que lo mataron los perros.

—En cualquier caso, si se hubiese quedado en la cueva, habría seguido vivo —dijo Sam con toda la seguridad con la que solo un niño puede hablar.

—¿Eso piensas? —Richard miró a su hijo divertido—. ¿Crees que allí dentro estaba vivo?

Sam se cruzó de brazos enfadado.

—¡Cómo odio que hables siempre en clave! ¡Lárgate! —El chico había enrojecido un poco de vergüenza y su padre soltó una carcajada.

—Por cierto, Sammy... —dijo cuando terminó de reír—. Yo no he dicho que el gato muriera.

Al día siguiente, tras varias horas de viaje, Sam y su padre llegaron a la base científica. Estaba situada en la parte superior del bosque, que era un conjunto de árboles gigantescos, entrelazados entre sí, de varios kilómetros de altura. En el bosque crecían setas y arbustos, todo en vertical. Las raíces de esos árboles llegaban hasta las ciudades que había en las plantas inferiores. Era un bosque frondoso habitado únicamente por animales y, según los rumores, también por brujas, aunque nadie las había visto, por lo que Sam nunca entendió quién había comenzado esas historias. Quizá hubiese leyendas más antiguas que la propia humanidad.

La parte superior del bosque terminaba bruscamente en un enorme prado circular, como si alguien hubiese talado un trozo del bosque con una sierra gigante. Sin embargo, la Torre no acababa ahí. Sobre el prado, a más de medio kilómetro de altura, flotaba un trozo de tierra que daba continuidad a la Torre, pero nunca nadie lo había alcanzado. Ese era el trabajo de los exploradores y la razón por la que habían construido una base científica en aquel prado.

Sobre la base se erguía majestuosa una inmensa estructura de metal.

—¡Es enorme! —exclamó Sam intentando ver el final, pero una

sensación de vértigo lo hizo volver a mirar la tierra que pisaba—. ¿Por qué habéis construido esto?

—Nuestra misión es explorar la Torre —le recordó su padre—. El problema es que, una vez atravesado el bosque, es imposible seguir subiendo, porque la siguiente planta está flotando en el aire, aún no sabemos cómo. Así que, a partir de este punto, todo es territorio inexplorado. Esta estructura la hemos construido para alcanzar la siguiente planta de la Torre.

—¿Cuánto os falta para llegar? —preguntó el chico volviendo a contemplar la inmensa estructura, que a él le parecía infinita.

—Menos de cien metros —respondió Richard.

—¡Ya casi lo tenéis!

—Pero es la tercera vez que la construimos —dijo el hombre con un tono apenado—. Cuando sobrepasamos los seiscientos metros, se desmorona y tenemos que volver a empezar. —El explorador contempló la estructura—. Aunque algo me dice que esta vez es la definitiva.

Un ruido sordo interrumpió la conversación. Sam buscó con la mirada el origen del sonido y su estómago se retorció. Al otro lado de la base, justo al borde del prado, un hombre acababa de disparar a un pájaro de dos metros con una escopeta. A su lado, un tractor empujaba un nido hacia el borde para dejarlo caer al vacío.

—¿Qué están haciendo esos señores? —preguntó Sam contemplando pálido el cadáver del gran pájaro.

—Están apartando los nidos de los pájaros para que no molesten en la obra —explicó Richard, que no parecía afectado por el reciente suceso.

La mujer del tractor ya había lanzado el nido al vacío y volvía junto a su compañero y el ave.

—¡Qué calamidad! ¡Menudo caos! —dijo con voz chirriante—. Otra vez han construido el nido aquí en medio. ¡Desplumadlo y llevadlo al congelador!

Richard miró a su hijo y vio que había perdido el brillo que unos minutos atrás relucía en sus ojos. El niño parecía decepcionado.

—No te preocupes, Sammy. Es igual que en casa. Usaremos ese pájaro para alimentar a todas las personas que trabajamos aquí. —El explorador revolvió el cabello de Sam como siempre hacía—. Por desgracia, la humanidad no puede avanzar sin hacer sacrificios... Cuando seas mayor lo entenderás.

Sam odiaba esa frase porque daba a entender que los niños son tontos, pero se obligó a sonreír para no preocupar más a su padre.

«Cuando hablaban de expedición, no era esto lo que me imaginaba», pensó.

Seis días después, en la parte más alta de la estructura, Richard y varios obreros se encontraban sobre las vigas superiores.

—¡Hemos avanzado muchísimo! —El explorador comenzó a bailar sobre la viga sujetándose solo con un brazo.

—¡Doctor Richard! ¡No haga eso! —le gritó una de las obreras, que tenía un fuerte sentido de la responsabilidad—. La estructura es cada vez más inestable. Tenemos que bajar.

—No. Es necesario llegar al nivel superior —corrigió Richard.

—Bueno, sí, pero... —La obrera se calló al sentir un ligero temblor, pero el resto de sus compañeros siguieron hablando tranquilamente. Pensó que quizá estaba demasiado nerviosa y el temblor no había sido más que una mala jugada de su imaginación.

Richard se puso de puntillas sobre la viga más alta y estiró el brazo tanto como pudo hacia la tierra que flotaba sobre sus cabezas.

«Sammy, espera un poco más —pensó el explorador—. El nuevo mundo está justo aquí...».

Esta vez, el temblor no fue fruto de la imaginación de la nerviosa obrera. Todos lo notaron.

Mientras tanto, Sam leía sentado sobre la hierba del prado junto a la base. El niño levantó la vista del libro para contemplar la desmesurada estructura que se cernía sobre él imponente. No terminaba de acostumbrarse a verla y seguía dándole una sensación de vértigo. Era imposible no sentirse minúsculo ante tamaña visión.

—Da miedo pensar que papá está a más de medio kilómetro de altura —pensó en voz alta.

De pronto, la estructura de hierro tembló. Sam se levantó no sin dificultades, ya que el suelo vibraba bajo sus pies. A lo lejos, todos los arquitectos, científicos y obreros que trabajaban en la base no paraban de gritar una y otra vez: «¡La estructura está temblando!», como si repitiéndolo pudiesen detener el sismo. Repentinamente, Sam sintió que una mano robusta lo agarraba del brazo y tiraba de él en dirección a la base.

—¡Es peligroso estar aquí afuera, chico! —gritó el hombre que lo sujetaba.

Y tenía razón. Algunos trozos de viga y otros objetos pequeños estaban cayendo al prado. Llovían pedazos de metal por todas partes.

—¡Espera! —chilló Sam intentando parecer menos asustado de lo que estaba—. ¡Tengo que buscar a mi padre!

El niño forcejeó inútilmente con el hombre, pero un crujido los paralizó a ambos. El sonido se alzaba sobre sus cabezas y era tan grande que casi parecía una explosión. Sam miró hacia arriba y no pudo asimilar lo que estaba viendo.



La descomunal estructura se había partido por la mitad, las gigantescas vigas se retorcían y toda la parte superior de la estructura cayó al vacío.

Diez años después, Sam se había dormido mientras leía un libro en el sofá de siempre, en la casa de siempre y en el pueblo de siempre. El mismo pueblo que de niño odiaba y del cual juraba que saldría para explorar el mundo en cuanto tuviera la más mínima oportunidad. Aquel cuyos escalones, puertas y árboles había memorizado por mero aburrimiento. Pero Sam ya no quería dejarlo atrás.

Tras la muerte de su padre, el chico había enterrado su espíritu explorador en lo más profundo de su ser y había hecho como si no existiera. Es más, con el paso del tiempo se había olvidado de él, y el pequeño y curioso Sam se había convertido en un adolescente serio, reservado y constantemente cansado, con unas enormes ojeras perennes bajo sus ojos. Aquel niño entusiasta era ahora el tipo de chico que siempre pasaba desapercibido, casi invisible a ojos de los demás. Y eso le gustaba.

En aquel momento, Sam soñaba que corría por un prado sin límites hacia un horizonte inalcanzable, como si el mundo fuese una gran extensión horizontal, lo cual era imposible, pues la Torre era vertical. Sin embargo, se trataba de un sueño que Sam tenía de forma recurrente, aunque nunca se lo había contado a nadie.

El ruido de la puerta, que se produjo cuando su madre entró en la casa, sacó al joven Sam de sus ensoñaciones.

—¡Ya estoy en casa! —anunció la señora Muriel.

Sam no se molestó en contestar y siguió haciéndose el dormido, pero a su madre era prácticamente imposible engañarla.

—Necesito que vayas al mercado a comprar unas cosas.

—Mamá —dijo Sam apartándose el libro de la cara—, ¿tú crees que la Torre es infinita?

—Lo que creo es que, si no compras lo que necesito, tendré que cerrar el restaurante y los dos moriremos —respondió Muriel tajante—. Tú primero, claro —añadió.

—No seas exagerada. Eres la mejor cocinera del pueblo, no pasa nada si te tomas unos días de vacaciones —dijo Sam. Y tenía razón. Muriel era la dueña de un restaurante humilde pero muy concurrido, y la pobre mujer siempre tenía mucho trabajo.

—Y tú eres el peor hijo. Toma. —Muriel sacó unas monedas del bolsillo—. Si te sobra algo de dinero, puedes comprarte un libro.

—Si me sobra algo de dinero, será un milagro —murmuró Sam mirando las poquísimas monedas que su madre le había tendido.

—Recuerda. Es la tercera parada de tren. ¡No te distraigas!

—Tercera parada —repitió mecánicamente Sam para satisfacerla—. No me distraeré.

Pero no fue así.



Sam tenía la terrible costumbre de quedarse dormido en cualquier sitio y en cualquier momento. Por eso, el joven dormía despreocupado y con la boca abierta en el asiento del vagón mientras el tren subía por la Torre.

—Próxima parada: Mercado —anunció una voz por megáfono.

El tren paró. Algunas personas bajaron.

Y Sam roncaba.